



CRÍTICA TEATRAL:

"El Deseo de Toda Ciudadana"

● La filmación de un romance indagatorio.

Para efectos de análisis literario, es común referirse a la llamada "autonomía de la obra literaria", en el entendimiento de que cada texto tiene elementos que lo hacen un producto único e irremplazable. Es lo que sucede, por ejemplo, con la premiada novela *El deseo de toda ciudadana*, de Marco Antonio de la Parra. Independiente de lo anterior, el texto puede proyectar niveles lingüísticos que, en su propuesta, rebasen sus específicas características. De esta manera, la mencionada novela lleva en sí toda una predisposición a lo dramático que permite una adaptación del material narrativo en un texto teatral. A partir de este momento, en todo caso, es de primera importancia visualizar la forma y el estilo preponderante en el montaje escénico.

Por los motivos expuestos, y considerando la trayectoria de Marco Antonio de la Parra y de Ramón Griffero en la dramaturgia chilena, el estreno en la sala La Comedia de *El deseo de toda ciudadana* es un acontecimiento que de por sí es relevante y que difícilmente puede dejar indiferentes a quienes presencian la obra y, más que nada, sean testigos del cambio espectacular que puede producirse en una vida que, aparentemente, se mantiene al margen de toda conflictividad del medio que la rodea.

Verónica Cifuentes (Elsa Poblete), 30 años, "una mujer como para casarse con terror", se encuentra con un extraño (Alex Zúñiga) en su departamento, el cual desea información ("qué otra cosa interesa en estos tiempos") sobre el paradero de Peter Brown. La incredulidad inicial por las situaciones que, de ahí en adelante, le toca vivir a la protagonista, se suma con el paso del tiempo a una admiración por sus extrañas conductas y, finalmente, el asesinato de ese extraño que la estaba reclutando, sin que ella diera cuenta, en un ínfimo espacio. A esta relación que configura el eje estructural del drama hay que añadir también las que se establecen entre Verónica y los vecinos, Verónica y el conserje, don Evaristo (Gabriel Prieto), Verónica y Mario (Martín Balmaceda), y Verónica y su amiga Cynthia (Andrea Arroyave). Todas ellas, a fin de cuentas, sirven para resaltar, por un lado, los determinados hechos cotidianos que conforman una realidad sin mayores distorsiones (la típica relación entre vecinos de un bloque de departamentos, el servilismo del conserje siempre a la expectativa por si algo resulta, el oficinista con aspiraciones que se conforma perdidamente de una compañera de trabajo, etc.) y, por otro, sirven de contrapunto para que la relación entre Verónica y el extraño resulte de una realidad más abismal; por esta misma, las sucesivas muertes de todos estos personajes secundarios dan realce aún más a la situación final del drama, en esa reclusión que tiene como propósito aislarse de una ciudad que está llena de "lúbricos vacíos y torcidas que mejor ni conocer siquiera".

El deseo de toda ciudadana es una obra ambigua, con un lenguaje consistentemente sensible y estereotipado, con unos personajes al borde de la caricatura y con un sutil humor que encierra más de una crítica: en definitiva, es una obra, como la mayoría de las de De la Parra, que convierten en su estructura múltiples lecturas y que, como tal, posibilita múltiples interpretaciones. Desde este punto de vista, el título mismo de la pieza —año en silencio— nos enfrenta ya a estas diversas ac-



Marco Antonio de la Parra y Ramón Griffero, dos dramaturgos que con este trabajo revitalizan al teatro chileno.

ramientos: nos induce, desde el inicio, a preguntarnos cuál es el deseo de toda ciudadana?, vivir, por ejemplo, afebrada a convencionalismos establecidos por una educación demasiado rígida, con una fuerte incidencia del elemento religioso o, tal vez, soñar con un mundo distinto al habitual, un mundo en el cual le sucedan cosas tan inusuales como ese "encuentro-desencuentro" con el hombre "con un diente de oro".

No sólo por la temática —húngueta de un hombre desaparecido— sino que también por los hechos que se van desencadenando a lo largo de la obra (asesinatos, nuevas desapariciones, suspense, música incidental, luz tenue...), el drama tiene un corte meta-cinematográfico; incluso, la actitud de los personajes ayuda a crear una atmósfera propia para inducir en el ánimo del espectador una sensación de algo sin resolver. Para mayor énfasis en los contenidos dramáticos, la obra tiene una estructura piramidal invertida: poco a poco, casi imperceptiblemente para la protagonista, los espacios se van cerrando y ella es víctima, al final, del encierro físico en su propio departamento, a pesar de las promesas de protección y amor eterno que el extraño le hace. El le ofrece el paraíso, la libertad total, el aislamiento de una ciudad peligrosa y de un país contaminado; ella sólo atina a responderle: "antes yo no estaba tan mal". De alguna manera, Verónica es víctima de un sistema que la condiciona a tal extremo que no es capaz de dudar por su propia cuenta cual es el rumbo más óptimo para su felicidad.

Sin menoscabo de una dramaturgia que por sí sola genera válidas instancias teatrales, la dirección de Ramón Griffero tiene una fuerza y un estilo que hacen de esta obra una creación muy personal. En cierta forma, en esta condensa con un cuidado extremo su peculiar manera de concebir el espectáculo teatral, en donde el aspecto cinematográfico (como si una cámara siguiera los desplazamientos de los personajes) es de fundamental prioridad y, además, en donde las imágenes llevan una importante carga emotiva. Un lenguaje plástico de una belleza y de una imaginación formidables. En este

sentido, la actuación responde eficazmente a la finalidad de un montaje de este tipo: Alex Zúñiga nos presenta a un personaje con una identidad dudosa (loco, asesino, raptor, impostor, cineasta, ángel, profeta...) y con una actitud de sobreprotección frente a esa mujer que, amándola o maltratándola, no le deja indiferente; en todo momento, logra darle a su personaje los ritmos adecuados para enfatizar más la inconsciencia de su proceder. Elsa Poblete va proyectando gradualmente el cambio de su personaje, con matutaciones en la voz y en el movimiento de mucha eficacia. Estos dos personajes se nos presentan como los protagonistas de una telenovela o de una película de los años treinta. Los restantes actores, Gabriel Prieto, Andrea Arroyave, Martín Balmaceda, realizan con acierto diferentes papeles, fundamentalmente Gabriel Prieto con su conserje, medio viejo verde o libidinoso.

Detrás de la pesquisa de tipo policial, de la relación insólita entre Verónica y el extraño, del tema de los desaparecidos, de la crítica a los fetichismos religiosos, de una violencia contenida, de una ciudad que da la sensación de padecer algún mal incurable, de una escenografía furibunda, de un ritmo tembloroso que al final desce al producirse el entierro, hay un trabajo serio y vital, un trabajo que no es más que "una conjunción entre dos autores", dos autores que revitalizan al teatro chileno.

Eduardo Guerrero.

El deseo de toda ciudadana [artículo] Eduardo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero del Río, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El deseo de toda ciudadana [artículo] Eduardo Guerrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile